

habitantes de una tierra perdida que ella va rescatando de la sombra entre presagios.

«Y aquel insospechado arsenal de lianas preciosas y salamandras de innumerables ojos –los destellos– algo hacían recordar a esas heridas abiertas de mórbidos tejidos como un animal carbuncloso de verdes pústulas y llagas cobreadas por la sangre dispersa, donde el tumor ha hollado sus cavernas y criado en ellas protuberancias de algas y nódulos deformes y coágulos y humores, debajo de los cuales descubre el escalpelo la resistencia del hueso, la regular textura de las fibras, la gelatinosa consistencia de la masa de sebo y descubre, finalmente, el rítmico latir de las arterias en los órganos sanos, como una nervadura de hierro en los vitrales».

Polícromo y abigarrado, *El tapiz* despliega ante nosotros su retablo de imágenes fragmentadas en las que el resplandor de los metales se mezcla al grito de entrañas desgarradas para dejarnos, poco a poco, vislumbrar que el espacio retratado se trata en realidad de una mazmorra, de una mansión del calofrío en la que se ejecutan rituales siniestros.

«[...] le pegaba. Otro le ataba los brazos y las piernas sin tener en cuenta [...] con un bastón a una cadena. En sus miembros [...] espaldas, vientre, senos, muslos quienes [...]. De la sangre que manaba [...] se hundía en la roseta negra y [...] las nalgas».

La descripción encubierta de sufrimientos y martirios en medio de un ambiente voluptuoso de perfumes y pedrerías en donde se desgarrar, se lacera y se trepana sin llegar al desenlace final, nos muestra el suplicio de un cuerpo suspendido en medio de la muerte y el sadismo con que los militares torturaron a millares de hombres y mujeres en la Argentina. El sangriento desfile de seres deformes cubriendo de perlas la superficie de las aguas rugosas como la piel de un cocodrilo, nos recuerda los cuerpos arrojados al mar para ser sepultados en el silencio.

En medio de un mundo desgarrado, Roffé despliega su tapiz de imágenes dantescas que enriquece nuestra conciencia al revelarnos el horror de un dolor que hemos experimentado sin tener las palabras necesarias para expresarlo.

Saudade, Claribel Alegría, Madrid, Visor, 1999, 66 pp.

Ante una pérdida profunda el artista siente la necesidad de sumirse en el silencio o de instaurar un nuevo orden para sí mismo nacido de los restos de ese naufragio y, en esa pugna por desaparecer o pervivir, es más probable que esa ausencia inspire su obra creadora a que la

frustre. Así acontece con Claribel Alegría en su libro *Saudade* en el que el sentimiento de añoranza por su desaparecido compañero se hace presencia y elegía en una serie de líricos poemas que intentan preservar su recuerdo del tiempo y de la bruma.

La imaginación es un arma para vencer la ausencia y la poeta centroamericana la esgrime para buscar a su amado en las auroras, en las sombras, en los vericuetos de su yo, en la fosforescencia del desvelo, en su herida, en su dolor que desea rebasar hasta encontrar su imagen. No obstante, en su poesía no cabe la tragedia y aunque todo a su alrededor le habla de muerte «el pájaro que cruza/ la marea/ el ocaso», el poema pide nacer sereno y claro como una flor que se abre para enfrentar la muerte.

«Meditar la muerte es meditar la libertad», apuntaba Séneca, pues «quien aprende a vivir desaprende a servir y se escapa o libera de todo poder» de esta manera, Claribel Alegría invoca a la muerte sin miedos, sin apremio, con los ojos clavados en su laberinto circular que la bebe y la bebe a cada vuelta. La muerte es un umbral secreto, un vértigo, un abismo que se aguarda con dudas pero no con temores pues se anhela que su puerta, su mampara, conduzca hacia otra luz, hacia otra orilla más neta y verdadera. Fabular ese paso es su oficio

de poeta que la aguarda confiada entre la realidad y el sueño, al volver de cada esquina o aferrada a una luz que la lleve a atravesar su tiempo para indagar, por fin, cómo será el encuentro.

¿Cómo será el encuentro?

Descarnados los dos
sin tu mirada
sin mis labios
posándose en los tuyos.
Partículas de luz quizá seremos
que se atraen
se buscan
se amalgaman.

La tarea es difícil, ingente, interminable y para expresar sus dificultades Claribel acude al mito y a sus símbolos eternos para tornarse en Sísifo que cree avizorar la cumbre cuando un minúsculo guijarro lo lleva a despeñarse y empezar de nuevo, en Ícaro que sabe que seguirá volando aunque el sol funda sus alas, en Prometeo roído por el cuervo de la ausencia, en Orfeo que debe descender al reino de los muertos, despertar a su amado y hechizarlo.

En versos penetrantes y sonoros, que recuerdan a San Juan de la Cruz en su búsqueda de la esencia divina, los poemas de este libro son un treno, una endecha, una lira que arrastra la tristeza y la evapora con su canto.

América mestiza, el país del futuro, William Ospina, Bogotá, Villegas editores, 2000, 343 pp.

La América hispánica, ibérica o latina como querían sus descubridores europeos o equinoccial, ístmica, insular o meridional como pensaban el barón de Humboldt y los criollos que deseaban liberarla de su lastre colonial, ha sido objeto desde su misma aparición en las cartas de marear de los navegantes europeos de múltiples interpretaciones por parte de ideólogos y creadores que, al intentar definirla por una parte tan sólo de su composición o su legado histórico, han acentuado el carácter escindido de su origen que ha hecho de esta tierra un continente huérfano, incapaz de reconocerse en su pasado e iniciar un camino propio hacia el futuro.

Vértigo y extrañeza son el sino de América desde su nacimiento, nos dice William Ospina en este ensayo, y es este sentimiento de desarraigo el que impide a sus hijos reconocerse y entregarse con fervor a la tierra en que nacieron. Para luchar contra este pernicioso influjo el escritor colombiano propone en esta nueva interpretación de América el adjetivo de mestiza que, al definir el continente por la diversidad de sus mezclas y no por la predominancia de alguno de sus elementos, permite que podamos sentir que en la diversidad existe un mérito y no un bal-

dón oscuro, como hasta ahora parecía encontrarse señalado.

Buscar América mestiza en la pluralidad de sus culturas y la exuberancia de su naturaleza y no desde la proa de los navíos ultramarinos desde donde todo parece nebuloso y ajeno es, por tanto, la propuesta central que Ospina nos presenta en este ensayo en el que, al tiempo que reflexiona sobre documentos señeros de nuestra historia como la *Carta de Jamaica* de Bolívar, analiza el proceso de búsqueda que nos llevó con el modernismo a la conquista de un lenguaje propio para cantar nuestro paisaje y cultura, arrojando al mismo tiempo una poética mirada sobre nuestra diversa geografía y las posibilidades que sus tres grandes sistemas naturales ofrecen para el futuro: el mar de islas y de mitos del Caribe a donde arribaron los navegantes españoles y que parece ser la encrucijada natural del mundo, la cadena montañosa de los Andes con sus fantásticos bosques de niebla suspendidos en las alturas que custodian el nacimiento de los grandes ríos y la húmeda cuenca del Amazonas con su gigantesco seno de agua que parece destinada a dar de beber al mundo.

La vida mítica y espiritual de los antiguos pueblos prehispánicos que no concebían una religión, una arquitectura y una cotidianidad que no estuviera considerada en función del planeta y de las estrellas, la

sonoridad de un ritmo que nos haga sentir no dominadores del mundo sino parte de él y el individualismo europeo unido a sus parámetros éticos y estéticos, son algunos de los elementos de nuestro triple legado que desde el encuentro de los mundos ha venido moldeando las líneas de una cara, una cara que aún se asoma temerosa y se resiste a mirarse francamente en el espejo.

Pero la complejidad étnica y cultural que hasta ahora ha sido una de nuestras mayores dificultades, nos dice William Ospina con voz esperanzada que se opone al pesimismo de nuestros días, se convertirá, con el tiempo, en una de nuestras principales virtudes, pues «el mundo no avanza hacia las razas puras sino hacia los mestizajes que suponen grandes desencuentros, dificultades de identificación y rechazos en los que el ejemplo de la América mestiza, que lleva cinco siglos aprendiendo esa difícil integración, será irrenunciable e invaluable para todos los pueblos».

En un mosaico tan rico en etnias y culturas y dividido en clases sociales tan marcados como el surgido en la América mestiza después de la conquista, no ha resultado nada fácil encontrar desde un comienzo las instituciones apropiadas a esa pluralidad y los Estados fundados después de la independencia han resultado en nuestra América más frágiles que en ninguna otra parte porque el discurso oficial manipula-

do por una pequeña minoría ha estado, desde un principio, bajo sospecha de falsía y la violencia nacida de la vaga conciencia de tener derechos y de que éstos no se cumplan en la realidad se ha convertido en un estigma que no deja de sangrar. Para restañar esta herida y lograr construir una verdadera democracia, William Ospina nos ayuda a recuperar en estas páginas nuestra memoria perdida o desdeñada, pues son la tradición y las costumbres y no las leyes escritas las que gobiernan un Estado.

La historia y la cultura compartidas pueden unir en un destino común territorios disímiles como los ardientes desiertos del norte de México y la helada extensión de la Patagonia austral. Este es el fundamento que permite al ensayista colombiano tornar a pensar en América como en un único y vasto país en el que la memoria compartida nos devuelva la conciencia plena de existir y con ella la voluntad y el orgullo necesarios para enfrentar el futuro.

La única alternativa contra el peligro persistente de los fascismos que pretenden reivindicar la superioridad de las razas puras, las lenguas puras, las religiones únicas o las culturas homogéneas e imponérselas absurdamente al mundo entero, termina por concluir Ospina en esta interpretación de nuestra América y su tiempo, es «encontrar el valor de las fusiones y mostrar la civiliza-